

LAS TROPAS EXTRANJERAS Y SU PARTICIPACIÓN EN LOS EJÉRCITOS CASTELLANOS DURANTE LA BAJA EDAD MEDIA

Miguel Angel DE BENITO RODRÍGUEZ
Licenciado en Geografía e Historia

DE entre los diferentes grupos que habitualmente integraban los ejércitos castellanos en la Baja Edad Media (guardas reales, mesnadas nobiliarias, milicias concejiles, órdenes militares o hermandades), el más heterogéneo de todos ellos era, sin duda alguna, el que constituían las tropas extranjeras¹.

Su presencia respondía a la coyuntura política y militar del momento, pero en ningún caso participaban de una forma constante dentro de los esquemas habituales, dado el carácter excepcional que tenían.

Se configuraban como unidades marginales contratadas por los monarcas en caso de necesidad. Eso sí, dado su carácter de *profesionales de la guerra* su participación podía ser, y de hecho lo era, decisiva.

La presencia en Castilla de estas tropas se debió más a alianzas políticas (que a veces tenían una base matrimonial) que a contratos con las propias compañías, como así se denominaban. Estas alianzas se hacían tanto con reinos peninsulares como extrapeninsulares. Dentro de los primeros destacaba, por su carácter de no cristiano, el reino de Granada. La presencia de tropas granadinas, y en general musulmanas, luchando al lado de los cristianos fue habitual a lo largo de la

¹ LADERO QUESADA, M.A.: «La organización militar de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media» en *Castillos Medievales del Reino de León*, s.a., s.l., pp. 11-34. Acerca de la estructura militar castellana.

Edad Media, como también era corriente ver contingentes cristianos en los ejércitos musulmanes.

De todos modos hay que tener presente que en numerosas ocasiones, Granada fue un reino vasallo de Castilla y el envío de tropas era una obligación de los reyes granadinos².

Las tropas extranjeras eran enormemente costosas y aunque el pillaje y la destrucción era algo inherente en los ejércitos medievales, con estos grupos la violencia alcanzaba su grado máximo. Por ello se contrataban para campañas muy definidas y después se las despedía.

Al hablar de tropas extranjeras nos estamos refiriendo, no sólo a las compañías militares integradas por mercenarios, sino también y teniendo presente que a veces se trataba de alianzas internacionales, a los ejércitos *nacionales*, en el sentido de estar formados por los naturales del reino, que reproducían esquemas similares a los castellanos³.

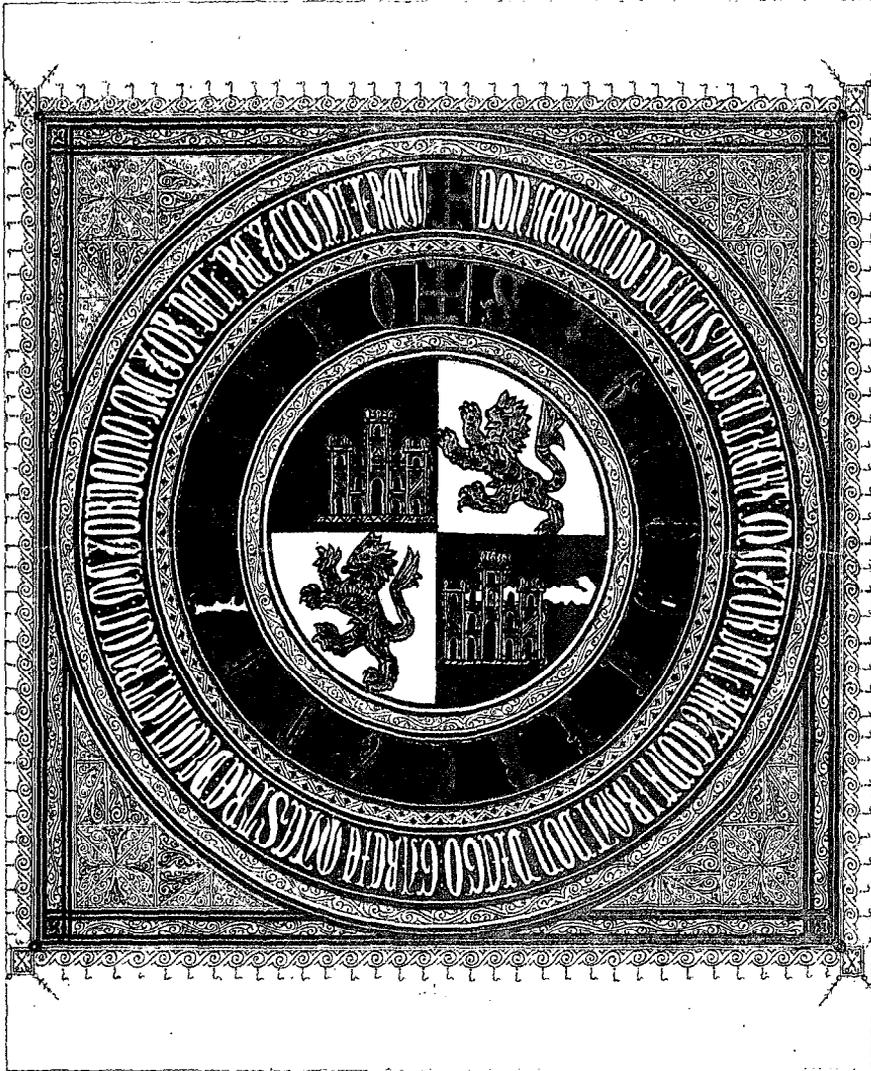
Sin embargo su diferencia no era siempre fácil de trazar si tenemos en cuenta la indisciplina de los ejércitos bajomedievales, obligados a vivir sobre la marcha.

Con respecto a las compañías militares que tendrán una participación destacada durante la guerra civil entre Pedro I y Enrique de Trastámara, éstas tienen su origen en la primera fase de la guerra de los Cien Años⁴. Eran grupos armados (llamados *routiers* en Francia o

² «Memorial de diversas hazañas» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, t. III, ed. Biblioteca de Autores Españoles (B.A.E.), Madrid, 1953, p. 11; SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Juan II y la frontera de Granada*, Valladolid, 1954, p. 22.

³ Como compañías de mercenarios hay que calificar a las tropas francesas que al mando de Bertrand Du Guesclin apoyaron a Enrique II durante la guerra civil. El propio Du Guesclin es el prototipo de mercenario (recuérdense si no los sucesos de Montiel de 1369). Por su parte no podemos calificar de mercenario al Príncipe Negro, no sólo por su origen (es el heredero de Inglaterra) sino también por su respeto a las leyes de la caballería, aunque, bien es cierto, algunos de sus hombres sí eran mercenarios. Un ejemplo de ejército «nacional» serían las tropas que Alfonso V de Portugal ofreció a Enrique IV durante la rebelión nobiliaria de 1465-1468. Por otra parte, la historia medieval española ha dado famosos mercenarios como Róger de Flor, capitán de la gran compañía catalana que luchó en Oriente a principios del siglo XIV, o el propio Cid Campeador, que al servicio del rey de Zaragoza conquistó Valencia. Sin duda alguna uno de los mercenarios más famosos de la Edad Media fue el inglés John Hawkood, que actuó en Italia en la segunda mitad del siglo XIV. Sobre la vida de este mercenario inglés, llamado en Italia Giovanni Acuto, véase «The condottiere John Hawkood» de F. GAUPP en *History*, nº 23, 1938-1939, pp. 305-321.

⁴ CONTAMINE, PH.: «Les compagnies d'aventure en France pendant la guerre de Cent ans» en *Mélanges d'Ecole Française de Rome*, nº 87, 1975, pp. 365-396; Idem: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984, pp. 114-127 y 189-206. Se recoge una perspectiva general de las compañías de mercenarios; Idem: *Guerre, Etat et société à la fin de*



Sello rodado de don Pedro I de Castilla.

cottereaux en Flandes) contratados por una autoridad legítima que una vez cumplidos sus objetivos, normalmente campañas de pocos meses, eran despedidos, que no disueltos, quedando armados y fuera de control con la consiguiente libertad para someter al pillaje a regiones enteras con el fin de conseguir un importante botín, puesto que el lucro era su principal objetivo. De todos modos la violencia propia de estas tropas también se dejaba sentir aun estando al servicio de algún poder, como ocurrió en Barbastro, saqueado por las compañías contratadas por Enrique de Trastámara para combatir a Pedro I⁵.

Estaban constituidas por mercenarios de diversas nacionalidades, muy heterogéneos socialmente, en su mayoría desarraigados. Hombres reclutados en regiones rurales dedicadas al pastoreo o procedentes de las montañas más pobres. Pero también de entre la población marginal de numerosos núcleos urbanos. Gente dispuesta a todo, incluso a matar, con tal de no morir de hambre y poder salir de los suburbios donde malvivían sin esperanza alguna.

Todos ellos viajaban con grupos de no combatientes como eran mujeres y niños, e incluso clérigos exclaustrados sin apenas formación religiosa.

Solían estar dirigidos por uno o varios capitanes, algunos de ellos segundones de nobles familias, pudiendo alcanzar varios miles de hombres. Llegaban incluso a ejercer el dominio sobre algún pequeño territorio previamente expoliado. Otras veces se hacían fuertes en alguna fortaleza desde donde lanzaban sus ataques a las poblaciones circundantes, obligando a las autoridades locales a emprender largas campañas de castigo contra ellos, e incluso a comprar la paz para no verse atacados.

Además, vivían al margen de las leyes de la guerra imperantes en el Medievo (combatían a pie usando el cuchillo y el arco —y no la noble espada— y matando a los caballeros de la forma más vil posible para después robar sus pertenencias). Ni siquiera las excomuniones de la Iglesia surtían efecto en unos hombres que no dudaban en saquear las iglesias y monasterios que encontraban a su paso con el único afán de obtener las mayores ganancias posibles que después se jugaban a los dados y gastaban en bebidas y con ramerías (comportamientos que

Moyen Age. Etudes sur les armées des rois de France (1337-1494), París-La Haya, 1972; DUBY, G.: *El domingo de Bouvines*, Madrid, 1988. Recoge algunos aspectos sobre los mercenarios en el siglo XIII, especialmente las páginas 102-112.

⁵ SUÁREZ, L.: «Castilla (1350-1406)» en *Historia de España*, t. XIV, dirigida por

los ejércitos siempre prohibían en sus campamentos para mantener la férrea disciplina militar, aunque también por el más puro sentido común⁶).

Son éstos, por tanto, los mercenarios que tradicionalmente identificamos como aquellas personas que sirven en la guerra a cambio de una soldada. En Italia estas retribuciones recibían el nombre de *condotta*, de ahí que a sus jefes se les denomine *condottieri*⁷. (El sistema de *condottieri* aparece y se desarrolla fundamentalmente en la Italia bajomedieval y corresponde a un período de transición entre las milicias profesionales y permanentes surgidas en la Alta Edad Media y los modernos ejércitos del Renacimiento.) Sin embargo era ésta una práctica habitual en la Edad Media por lo que podría, erróneamente, identificarlos con aquellos hombres que sirven al rey a cambio de un *acostamiento*.

La diferencia entre un mercenario y aquél que mantiene *acostamiento* del rey, viene dada porque este último no puede servir a otro señor sin su permiso. Además, el rey sólo busca, en los vasallos de *acostamiento*, unas tropas a su servicio de forma constante, haya o no guerra, mientras que los mercenarios son contratados preferentemente cuando se necesitan y después despedidos, así al menos se deduce en esta época en Castilla.

Tampoco pueden considerarse como mercenarios a las tropas que los concejos enviaban a petición del rey, pues si bien acudían por un sueldo y por un tiempo determinado, la prestación de este servicio militar era una obligación que tenían. Además estaban integrados en grupos definidos y luchaban al servicio de su rey o de su señor⁸.

Sí se podrían considerar como mercenarios a aquellos nobles castellanos que con sus tropas participaban en los ejércitos reales sin

⁶ PULGAR, H.: «Crónica de los Reyes Católicos» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, III, ed. BAE, Madrid, 1953, p. 450. Se recogen las ordenanzas dadas por el rey Fernando V en el sitio de Vélez-Málaga (1487) acerca de las normas de comportamiento interno que en todo momento debían regir la vida del campamento.

⁷ GARCÍA MARTÍN, P.: «Los Condottieros» en *Cuadernos de Historia* 16, nº 242, Madrid, 1986. No obstante, sobre esta cuestión la historiografía inglesa ha sido muy productiva, destacando entre otras las obras de TREASE, G.: *Los condottieros, soldados de fortuna*, Barcelona, 1985; BROWNING, O.: *The Age of the Condottieri*, Londres, 1985; DEISS, J.J.: *Captains of fortune*, Londres, 1966; WALEY, D.P.: «Condotte and condottieri in the Thirteenth Century» en *Proceedings of the British Academy*, 1975, pp. 337-371; KEEN, M.: *The Laws of War in the Late Middle Ages*, Londres, 1965. Obra, esta última, mucho más genérica en su contenido que las anteriores.

⁸ LADERO QUESADA, M.A.: *Castilla y la conquista del Reino de Granada*, Granada, 1987, pp. 111-112.

unirles ningún contrato previo, recibiendo por sus servicios una compensación económica. Sin embargo, no podemos olvidar que luchaban por su rey y su reino.

Todos estos grupos, de una forma u otra, llevaban a cabo servicios militares obligatorios y sus soldadas son el resultado de la intervención del poder dominante, esto es, el rey, ya que el sueldo de los combatientes era establecido por las Cortes. Además, los contratos y soldadas que percibían las tropas extranjeras suponían un gasto extraordinario para la Hacienda Real, como extraordinaria era su presencia en los esquemas habituales del ejército castellano.

Como hemos señalado sus sueldos eran pagados por la Corona que era quien los contrataba. Sin embargo gran parte de estos gastos recaían, principalmente, sobre los concejos, aunque no de forma exclusiva, ya que los monarcas hacían constantes peticiones a éstos para que ayudasen a sufragar los gastos⁹.

En general los sueldos de los mercenarios eran muy elevados comparados con los del resto de combatientes *nacionales*. Esto era debido tanto al alto coste de sus servicios como a que no disfrutaban de otros ingresos complementarios, si bien como ocurrió en tiempos de Enrique II las compañías extranjeras que actuaron en Castilla disfrutaron de importantes mercedes y pensiones como pago extraordinario a los servicios prestados.

No obstante la proliferación de bandas de mercenarios originaba una competencia que a veces obligaba a rebajar sus pretensiones económicas, pues no en vano estos contratos se presentaban como una relación entre patrón y empleado donde primaba la ley de la oferta y la demanda¹⁰.

Teniendo presente estas premisas la definición que mejor caracteriza al mercenario es la aportada por Garland y que recoge Contamine: «*El mercenario es un soldado profesional cuya conducta es el resultado, principalmente, no de su vinculación a una comunidad política, sino del afán de lucro*»¹¹.

⁹ PASCUAL MARTÍNEZ, L.: «Documentos de Enrique II» en *Colección de Documentos para la Historia del Reino de Murcia* (CODOM), VIII, Murcia, 1983, doc. III, Sevilla, 24-abril-1369, donde Enrique II solicita a los concejos del obispado de Cartagena y del reino de Murcia que paguen el sueldo de veinte meses que debe a Bertrand Du Guesclin y a sus tropas francesas, gasconas y bretonas.

¹⁰ CONTAMINE, PH.: *La Guerra en la Edad Media*, p. 124; FOWLER, K.: «The wages of War. The Mercenaries of the Great Companies» en *XVIII Semana de Estudios Medievales*, Estella, 1991.

¹¹ CONTAMINE, PH.: *La guerra en la Edad Media*, p. 125.

Sea como fuere, el empleo de estas compañías de mercenarios obedecía no sólo a su mayor experiencia en la guerra (se habían curtido en las primeras campañas de la guerra de los Cien Años y resultaban más útiles y eficaces que las tropas tradicionales), sino, sobre todo, como forma de contrarrestar el potencial militar del enemigo que ya contaban con ellas.

Al margen de estos grupos totalmente organizados y de la presencia de tropas de otros reinos aliados a los castellanos, éstos contaban ocasionalmente en sus ejércitos con la participación de nobles y caballeros extranjeros que, procedentes de distintos puntos de Europa, acudían a la guerra de Granada. El carácter de cruzada o guerra santa que a veces tuvo la guerra contra los musulmanes, atrajo a Castilla a nobles europeos defensores de la ética caballeresca y algunos verdaderos caballeros andantes, en busca no sólo de fama y fortuna, sino también, y principalmente, de las indulgencias que el Papa otorgaba a todo aquel que fuera a luchar contra el infiel¹².

Estos hombres de guerra, en los que a veces se incluían algunos castellanos, no podemos considerarlos como mercenarios, en tanto que su espíritu caballeresco les llevaba a poner sus armas y las de los suyos al servicio de los reyes castellanos, sin afán de lucro¹³.

Como ya hemos señalado anteriormente, la presencia de tropas extranjeras en Castilla se debió al inicio de la guerra entre Pedro I y Enrique de Trastámara¹⁴.

Fueron estas tropas las famosas Compañías Blancas de Bertrand Du Guesclin y las inglesas del Príncipe Negro, llamado así por el color de su armadura y que en realidad era Eduardo, Príncipe de Gales y heredero de la Corona inglesa¹⁵.

La presencia de ambos se debió única y exclusivamente al interés de Juan II de Francia y Eduardo III de Inglaterra de ganarse la alianza castellana, para así tener un poderoso aliado para cuando se reanudasen las hostilidades en suelo europeo.

¹² ANTELO IGLESIAS, A.: «El ideal de Cruzada en la Baja Edad Media peninsular» en *Anexos a la revista Hispania (Cuadernos de Historia)*, I, 1967, pp. 37-43.

¹³ BEINERT, B.: «La idea de Cruzada y los intereses de los príncipes cristianos en el siglo XV» en *Anexos a la revista Hispania (Cuadernos de Historia)*, I, 1967, pp. 45-59.

¹⁴ FOWLER, K.: «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361-vers 1379)» en *Realidad e imágenes del poder. España a finales de la Edad Media*, Valladolid, 1988, pp. 23-56; RUSELL, P. E.: *The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, 1955.

¹⁵ KEEN, M.: *La Caballería*, Barcelona, 1986, pp. 289-312. Sobre la ética caballeresca del Príncipe Negro y Du Guesclin así como el antagonismo caballero-mercenario.

Ni a Francia le interesaban los derechos más que dudosos que esgrimía Enrique, ni a Inglaterra el mantener la legalidad vigente de Pedro ante un bastardo carente de legitimidad¹⁶. Es más, en el caso de Francia con el envío de las compañías a Castilla, Juan II tenía mucho que ganar y poco que perder, ya que uno de sus objetivos era expulsar de su territorio a tan terrible plaga¹⁷.

De una forma u otra la guerra civil castellana se convirtió en un episodio de la guerra de los Cien Años¹⁸ en un momento en que estaba vigente el tratado de Brétigny y que nadie parecía querer romper. De hecho, la victoria de Enrique supuso la primera gran victoria francesa en la guerra de los Cien Años.

Las tropas francesas que apoyaban al pretendiente entraron en Castilla en 1366. Estaban pagadas por los reyes de Francia y Aragón así como por el Papa. Su capitán era Bertrand Du Guesclin (llamado Beltrán de Claquin en las crónicas castellanas), que «*era un Caballero muy bueno natural de Bretaña, que fue después Condestable de Francia, é porque era ome usado de guerras, é avia buenas venturas en las armas, todos le tomaron por Capitan en esta cavalgada...*»¹⁹

Otros capitanes eran el conde de la Marche «*que es de la Flor de Lis del linaje del Rey de Francia*», el señor de Beaujeu, el mariscal Arnoul d'Audreghem, natural de Picardía «*é muchos otros Caballeros é Escuderos é omes de Francia*»²⁰.

A éstos se unieron caballeros ingleses, gascones y de Guyena como Hugh Calveley, Matthew Gournay o William Elmham²¹, entre

¹⁶ VALDEÓN, J.: «La guerra civil castellana. Intervenciones extranjeras en el marco de la guerra de los Cien Años» en *Pedro I el Cruel. Cuadernos de Historia 16*, nº 190, Madrid, 1985, pp. 15-22, referencia en p. 18. Julio Valdeón apunta la posibilidad de que la intervención inglesa en Castilla sí estuviese motivada por la intención de defender los derechos de Pedro I ante el bastardo Enrique. Alude para ello a la ética caballeresca que en todo momento hacía gala el Príncipe Negro.

¹⁷ CONTAMINE, PH.: *La guerra de los Cien Años*, Barcelona, 1989, p. 58. Ya en 1364 Francia había intentado enviar a estos mercenarios a Hungría a luchar contra los turcos. Al año siguiente, Arnaldo de Cervole reunió en Lorena a estas compañías pero no llegó a cruzar el Rin y regresó. Habían llegado incluso a saquear Avignon amenazando al Papa. Por eso Castilla apareció como última solución a este conflicto.

¹⁸ *Ibidem*. En esta obra se puede ver la actuación de las compañías francesas e inglesas en la guerra castellana (pp. 53-59). Asimismo puede ser consultada para una visión general, aunque esquemática, de la guerra de los Cien Años.

¹⁹ «Crónica de Pedro I» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, ed. BAE, Madrid, 1953, pp. 537-538.

²⁰ *Ibid.*

²¹ SUÁREZ, L.: «Castilla (1350-1406)» en *Historia de España*, t. XIV, dirigida por Menéndez Pidal, p. 100. El rey de Inglaterra prohibió a éstos su participación en la guerra, pero al parecer la carta con el comunicado no llegó a tiempo.

otros. Los aragoneses que participaban en la campaña se negaron a luchar al lado de mercenarios y lo hicieron al margen, sirviendo sólo al rey de Aragón. Valdeón estima el número de combatientes entre diez y doce mil hombres²².

La heterogeneidad de las compañías no sólo se observa en lo variado de sus orígenes, sino también en la posibilidad, siempre abierta, de comprar su lealtad. En este sentido el señor de Lebret, un noble de Guyena al servicio de Pedro I, intentó, en vano, atraer a la causa petrística a las compañías, o bien conseguir que se retiraran de Castilla²³. Era éste el punto más débil de estas bandas de mercenarios, capaces de prestar su servicio al mejor postor.

La llegada de estas tropas llevaron a Enrique a proclamarse rey en Calahorra a petición de los propios mercenarios, con objeto, sin duda alguna, de conseguir lo antes posible *mercedes* y *donadíos* que en un principio no fueron concedidos²⁴.

Cuando al poco tiempo Enrique alcanzó Sevilla, el nuevo monarca decidió, dado el elevado coste económico y la sucesión de escenas vandálicas, pagar el sueldo de tropas y despedirlas²⁵, aunque decidió quedarse con los bretones que integraban la compañía de Du Guesclín y la compañía inglesa de Calvey. En total unas mil quinientas lanzas²⁶.

Mientras estos hechos ocurrían, Pedro I decidía abandonar Burgos y dirigirse a Andalucía acompañado por seiscientos jinetes granadinos capitaneados por Mohamed «el Cabezani», que había puesto a su servicio el rey de Granada²⁷. Poco después abandonaría Castilla para ir a Bayona donde contactó con el Príncipe Negro para tratar sobre el envío de tropas inglesas a Castilla. El tratado firmado en Libourne (en el que también participó Carlos II de Navarra), comprometía al Príncipe al envío de unos diez mil hombres, entre ellos un importante grupo de arqueros artífices del éxito en Crécy²⁸.

²² VALDEÓN, J.: *Op. cit.*, p. 16.

²³ «Crónica de Pedro I» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, p. 537.

²⁴ *Ibíd.*, pp. 537-538.

²⁵ *Ibíd.*, p. 545: «...é facian grand daño en el Regno, é grand costes, que de cada dia se contaba el sueldo que levaban del Rey; por tanto acordó de los enviar las mas dellas, é fizo en Sevilla su cuenta con ellas del tiempo que le avian servido, é pagalos é enviolos pra sus tierras, é fueron todos muy contentos é muy pagados del».

²⁶ *Ibíd.*, p. 546.

²⁷ *Ibíd.*, p. 539. No en vano, la ayuda militar granadina al petrismo durante la guerra fue fundamental y la amistad del monarca castellano con Muhammad V recordaba épocas pasadas de estrecha colaboración entre castellanos y granadinos, como por ejemplo la alianza entre Alfonso X y Muhammad I, o cuando los meriníes combatieron contra el infante Don Sancho durante la rebelión de éste contra su padre, el rey Sabio.

²⁸ VALDEÓN, J.: *Op. cit.*, p. 18.



Don Enrique de Trastámara asesina a Pedro el Cruel (1369).

A cambio, Pedro I se comprometía a entregar el señorío de Vizcaya y la villa de Castro Urdiales más cincuenta y seis mil florines al Príncipe, y la ciudad de Soria a John Chandos, condestable de Guyena. Además debía pagar quinientos cincuenta mil florines para el sueldo de las tropas, y entregar a sus hijas Beatriz, Isabel y Constanza, esta última heredera de Castilla, como rehenes²⁹.

De esta forma entraron en Castilla las tropas inglesas entre las que se encontraban algunos gascones e ingleses que habían luchado a las órdenes de Du Guesclin, entre ellos uno de sus capitanes, Hugh Calveley.

A partir de este momento, tanto anglo-gascones (pues así hay que denominar a las tropas del Príncipe Negro) como franceses (a las órdenes de Du Guesclin ya sólo había franceses y pequeñas unidades inglesas), llevaron el peso específico de la guerra.

El primer, y único, enfrentamiento de ambas compañías se produjo en la batalla de Nájera en 1367. Las vanguardias de ambos ejércitos estaban formadas por los principales capitanes extranjeros y por los nobles castellanos³⁰.

Los ejércitos de Enrique, aunque inferiores en número, eran más homogéneos, al estar formados por los mercenarios franceses, los nobles castellanos y las tropas aragonesas. Por su parte a Pedro I le acompañaban tres mil ingleses, cuatro mil lanzas formadas por gascones, castellanos y mercenarios, trescientos navarros y un cuerpo mallorquín.

Como es sabido la victoria favoreció a Pedro. Pero sus modales, no acordes con el espíritu caballeresco del Príncipe inglés, le enemistaron con él. El Príncipe decidió abandonar Castilla para evitar que sus tropas provocaran mayores desórdenes (ya habían saqueado La Rioja y Burgos) decidiendo dejar mil lanzas como garantía ante la huida de Enrique a Francia y reclamando veinte castillos como aval de los pagos que él ya veía que no iba a cobrar³¹.

²⁹ «Crónica de Pedro I» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, p. 549. Años más tarde Isabel se casará con Edmundo, duque de York, mientras que Constanza lo hizo con Juan de Gante, duque de Lancaster. Por este matrimonio Juan reclamará sus derechos al trono de Castilla. Finalmente, Catalina, hija de ambos, casará con Enrique III, poniendo fin a las reclamaciones de los legitimistas y a las pretensiones inglesas sobre Castilla.

³⁰ *Ibíd.*, pp. 552-553. La «batalla» de Enrique estaba encabezada por el propio Du Guesclin y el mariscal d'Audreghem. Mientras que en la de Pedro I iban delante el duque de Lancaster, John Chandos y Hugh Calveley entre otros. Los dos monarcas castellanos y el heredero de Inglaterra iban en la retaguardia.

³¹ *Ibíd.*, pp. 563-566.

Así terminó la primera parte de un conflicto que no tardaría en renudarse. Los nuevos pactos entre Enrique y Juan II de Francia llevaron a una nueva ayuda militar estimada en unas trescientas lanzas, capitaneadas por Arnao de Solier, Pierre de Vilaines y Bernal de Béarne³². Posteriormente fueron enviadas otras quinientas lanzas al frente de Du Guesclin³³.

Por su parte Pedro I, sin ayuda inglesa, debió contar con el apoyo granadino, cuyo rey Muhammad V le envió siete mil jinetes y ochenta mil hombres de a pie, entre ellos doce mil ballesteros³⁴.

En marzo de 1369, Pedro, derrotado en Montiel, fue asesinado por Enrique, en una escena en la que Du Guesclin se comportó como un verdadero mercenario, al simular aceptar una oferta de Pedro I para permitirle la huida, y después entregarle a Enrique. La participación francesa a favor de Enrique II supuso el inicio de una alianza franco-castellana, ratificada en el tratado de Toledo de 1368³⁵. Además Enrique pagó generosamente a los capitanes franceses: Du Guesclin recibió Molina, Soria, Almazán, Atienza, Serón, Monteagudo y Deza, así como ciento veinte mil doblas de oro, mientras que Bernal de Béarne, Arnao de Solier, Pierre de Vilaines, Olivier de Mauny y Joffre Rechon recibieron Medinaceli, Villalpando, Ribadeo, Agreda y Aguilar de Campos, respectivamente, que posteriormente venderían obteniendo por ellos importantes beneficios³⁶. Sólo Bernal de Béarne se quedó en Castilla emparentando con el linaje de La Cerda.

Es conveniente señalar que a la hora de valorar la presencia de este tipo de tropas mercenarias en la Península, no debemos fijarnos solamente en la capacidad militar puesta a disposición del pretendien-

³² *Ibíd.*, p. 576.

³³ *Ibíd.*, p. 585.

³⁴ *Ibíd.*, p. 581. Es necesario reseñar que resulta difícil aceptar el número de efectivos que acerca de las tropas granadinas ofrecen algunos cronistas, que a veces incluso superan los cien mil hombres mientras Castilla difícilmente llegaba a movilizar más de cincuenta mil. Es cierto que Granada mantenía un ejército por encima de sus posibilidades, pero parece imposible considerar esa cifra para una población de cerca de trescientos mil habitantes, tal y como estiman la mayoría de los historiadores que debió tener el reino nazarí en la Baja Edad Media.

³⁵ RUCQUOI, A.: «Français et castillans: une internationale chevaleresque» en *La «France Anglaise» au Mogen Age. Actes du 111^e congrés national des sociétés savantes (Poitiers, 1986)*, París, 1988, pp. 401-419. Sobre la alianza franco-castellana durante la guerra civil y en los reinados de los primeros Trastámaras. También pueden verse aquí distintos aspectos de la colaboración franco-castellana; DAUMENT, G.: *Etude sur l'alliance de la France et de la Castille au XIV^e et au XV^e siècle*, París, 1898. Obra ya antigua pero de gran importancia para comprender las relaciones entre ambos reinos.

³⁶ «Crónica de Enrique II» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, ed. BAE, Ma-

te y que le permitiría acceder al trono, a pesar de que sus derechos fueran muy discutibles.

A veces estos profesionales de la guerra aportaban innovaciones técnicas o tácticas, y que de una forma u otra ayudaban a renovar o modernizar algunos aspectos básicos que configuraban la estructura militar tradicional de aquellos que los habían contratado.

En este sentido las tropas francesas de Du Guesclin aportaron notables innovaciones en el armamento de los combatientes castellanos, tal y como relata la crónica de Pedro I: «*E a todos estos dixeron en la partida de Castilla la Gente Blanca; ca ay comenzaron las armas de bacinetes, é piezas, é cotas, é arnés de piernas, é brazos, é glaves, é dagas é estoques; ca antes usaban perpunes, é lanzas é capellinas*». Incluso el nombre de *lanza* para designar al hombre de armas castellano se remonta a este momento: «*antes decian omes de caballo, á daqui comenzaron tantas lanzas*»³⁷.

Durante el reinado de Enrique II, los ejércitos castellanos, en especial la marina, participaron activamente al lado de Francia en la guerra de los Cien Años. Fruto de esta cooperación fue la victoria castellana de La Rochelle, en 1372, donde el almirante de Castilla, don Ambrosio Bocanegra, derrotó a los ingleses pudiendo de esta forma recuperar la ciudad³⁸. Sin embargo ni la amenaza navarra ni la inglesa volvieron a llevar a Castilla compañías de mercenarios.

Al subir al trono Juan I, Castilla continuó cooperando con Francia en la guerra contra Inglaterra, sobre todo en el mar. En este sentido en 1380, veinte galeras castellanas, diez de ellas costeadas por Francia, consiguieron alcanzar Londres «*á dos galeas de enemigos nunca entraron*»³⁹.

Sin embargo la alianza anglo-portuguesa abrió un nuevo frente de guerra en donde se hizo necesaria la presencia de tropas francesas reforzando al ejército castellano.

A las aspiraciones de Juan I de ocupar el trono portugués, al que tenía derecho por su matrimonio con la infanta Beatriz, se unieron las pretensiones del duque de Láncaster por defender los derechos al trono de Castilla de su esposa Constanza como legítima heredera de Pedro I.

³⁷ «Crónica de Pedro I» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, I, p. 537.

³⁸ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Navegación y comercio en el golfo de Vizcaya. Un estudio sobre la política marinera de la Casa de Trastámara*, Madrid, 1959, pp. 29-30. En general esta obra constituye un profundo análisis de la política naval castellana y su relación con Francia que conviene tener presente.

³⁹ «Crónica de Juan I» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, ed. BAE, Madrid, 1953, p. 67.



Yelmos. Siglo XV.

En las primeras campañas en Portugal, el ejército castellano se vio reforzado por algunas unidades portuguesas y francesas capitaneadas por el conde de Ribadeo y Olivier Du Guesclin, respectivamente⁴⁰. También había algunos contingentes navarros que participaron en el cerco de Lisboa. Estos, dirigidos por el heredero de Navarra, habían acudido pagados por su propio reino⁴¹. La presencia de tropas portuguesas hay que considerarla como lógica, teniendo en cuenta que algunos nobles portugueses apoyaban al monarca castellano en sus aspiraciones al trono portugués.

Fue en la decisiva batalla de Aljubarrota donde los ejércitos castellanos contaron con importantes contingentes extranjeros. Francia envió ochocientas lanzas al mando de Geoffroy Partheney que reforzaron las tropas dirigidas por el maestre de Alcántara⁴². También se incluían algunas unidades portuguesas fieles a Beatriz.

La superioridad anglo-portuguesa que contaba con los famosos arqueros ingleses provocó la derrota de los castellanos y de sus escasos aliados. Entre los muertos se encontraba Jean de Rye, un veterano de Crécy, que negociaba el envío de naves castellanas contra Inglaterra en un intento de relanzar la alianza franco-castellana⁴³.

La derrota castellana provocó el pánico ante lo que parecía inminente caída de la monarquía Trastámara. Por ello, Castilla, buscó desesperadamente la ayuda francesa. Para esta misión fue enviado don Pedro López, arcediano de Alcaraz, que consiguió de Carlos VI dos mil hombres de armas con Guillaume de Naillac y Gautier de Passac como capitanes⁴⁴. Pocos meses después el cardenal Pedro de Luna reclutó la compañía de Johel Rolandi, capitán de doscientas lanzas francesas y veinte ballesteros a caballo⁴⁵. En total se reunieron diez mil combatientes con sueldo para tres meses. Entre ellos se incluían el conde de Armagnac al frente de quinientas lanzas y numerosos caballeros a título personal⁴⁶.

⁴⁰ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Historia del reinado de Juan I de Castilla*, I, (estudio), Madrid, 1977, p. 114. Olivier Du Guesclin era hermano del famoso mercenario.

⁴¹ Idem: «Castilla (1350-1406)» en *Historia de España* (Menéndez Pidal), t. XIV, p. 249.

⁴² SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Historia del reinado de Juan I*, I, p. 214.

⁴³ *Ibíd.*, p. 220.

⁴⁴ «Crónica de Juan I» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, p. 108. El monarca francés concedió, además, un sueldo de cien mil francos para el pago de las tropas.

⁴⁵ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Historia del reinado de Juan I*, I, p. 239. El coste de estas tropas era de quince francos mensuales, mas uno por lanza para el capitán, en total quince maravedíes diarios.

⁴⁶ *Ibíd.* Todas estas tropas estaban al mando del duque de Borbón.

Nuevamente los capitanes franceses tomaron la iniciativa de la guerra, preparando las defensas de Castilla ante la inminente ofensiva anglo-portuguesa⁴⁷. Sin embargo, Portugal no pudo resistir, por falta de medios, tan costosa empresa, mientras que Inglaterra con la reanudación del conflicto anglo-francés solicitó la paz.

Finalmente, en 1387, las tropas francesas fueron despedidas, aunque el grueso del ejército francés ni siquiera había cruzado los Pirineos. Por ello cuando se reunieron con Juan I, la guerra había terminado. Sin embargo su presencia llevó a pensar en lanzar una ofensiva contra Portugal que fue desestimada, sobre todo, por temor a no poder pagar a las tropas. Como señala Suárez, «*con la marcha de las tropas francesas, Castilla respiró aliviada*»⁴⁸.

No era para menos. El temor a los desmanes de las tropas francesas llevó al monarca a ordenar retener dos mil novecientos ochenta maravedíes al conde de Longueville por daños causados por sus tropas⁴⁹.

Tras Aljubarrota, Juan I emprendió la reforma del ejército. Si los esquemas militares castellanos fracasaron en esta campaña, la participación extranjera no fue la mejor solución puesto que no fue muy útil al ser demasiado costosa y violenta. Por ello, a partir de entonces, los ejércitos castellanos apenas contaron con elementos extranjeros, si bien es cierto que los conflictos exteriores se redujeron de manera considerable.

Como hemos visto, la presencia de extranjeros era frecuente en los ejércitos castellanos. Sin embargo, la guerra de Granada fue siempre una empresa estrictamente castellana. La presencia extranjera se reducía a grupos de caballeros que voluntariamente acudían atraídos por el espíritu de cruzada que los monarcas se encargaban de divulgar por las cortes europeas para que acudiese todo aquel que lo deseara. El objetivo era, ante todo, rodearle de un sentido religioso que propiciase la ayuda económica del Papa mediante la promulgación de indulgencias.

Así, por ejemplo, en 1432 el papa Eugenio IV envió (a iniciativa propia o por sugerencia castellana) a su legado don Alfonso Carrillo a predicar la cruzada contra los musulmanes españoles, promulgando la bula de cruzada con fecha del 13 de junio de dicho año. Un año después se reiteró la petición de predicar la cruzada a los arzobispos de

⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 263-266.

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 269.

⁴⁹ *Ibíd.*, pp. 268-269. En la crónica de Bertrand Du Guesclin de Froissart se narra el saqueo al que sometieron los franceses a Sahagún (citado por L. Suárez en estas mismas páginas).

Toledo y Santiago, otorgando subsidios (la *décima* pontificia) e incluso amenazando con la excomunión a aquellos que comerciaran con los musulmanes⁵⁰.

Estas ayudas se destinaban a la Corona, ya que los que allí acudían lo hacían a su costa, con el ánimo de encontrar fama y fortuna luchando como los antiguos cruzados, por su fe. Por eso no podemos calificarlos como mercenarios.

Asimismo, la guerra de Granada supuso la introducción en Castilla de algunas nuevas técnicas en el arte de la guerra, sobre todo en lo referente a la artillería, lo que obligaba a la contratación de maestros artilleros extranjeros que trabajaban al lado de los castellanos, tal y como ocurrió en 1410 en el sitio de Antequera. Para dicha campaña fue contratado el maestro artillero Jacomín Alemán para que *tirase con las lombardas* contra los muros enemigos, trabajo por el cual el infante-regente don Fernando le concedió grandes mercedes⁵¹.

No podemos olvidar que a principios del siglo XV se inició la conquista de las islas Canarias, en donde el normando Jean de Béthencourt y el poitevino Gadifer de La Salle, al servicio de la Corona castellana, participaron como capitanes de esta empresa⁵².

Nos centraremos a continuación en la presencia de esos caballeros atraídos por el espíritu de cruzada que suponía combatir contra los musulmanes.

En la campaña de 1407 estuvo presente el aragonés Per Malladas que «*era venido por su voluntad a hacer guerra á los Moros*»⁵³.

También participó en esta empresa el conde La Marche, yerno del rey de Navarra, que al frente de ochenta hombres a caballo tuvo un papel destacado en el cerco de Setenil (donde también estuvo el conde de Valencia). Sus servicios fueron muy bien reconocidos por el infante don Fernando: «*é el infante lo mandó aposentar muy bien, y le hizo mucha honra*»⁵⁴.

⁵⁰ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Juan II y la frontera de Granada*, p. 22. Medidas como estas fueron muy habituales durante la segunda mitad del siglo XV, e incluso en 1443 el Papa otorgó la suma de cien mil florines al arzobispo de Toledo para la campaña de Granada, aunque el dinero se destinase fundamentalmente a sufragar a los «partidos» nobiliarios en guerra durante el reinado de Juan II (ibíd., p. 24).

⁵¹ «Crónica de Juan II» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, ed. BAE, Madrid, 1953, p. 321. El cognomento «alemán» expresa su nacionalidad, ya que ésta era la forma habitual de designar a los extranjeros.

⁵² MOLLAT, M.: «La place de la conquête normande des Canaries (XVe s.) dans l'histoire coloniale française» en *Etudes d'histoire maritime*, Turín, 1977, pp. 141-157.

⁵³ «Crónica de Juan II» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, pp. 286-287. Este caballero participó en la toma del castillo de Hurtal, cerca de Lorca, cayendo poco después prisionero junto con otros nobles castellanos.

⁵⁴ Ibíd., pp. 288-298.

Tal y como señala la crónica de Juan II la magnitud de la campaña obligó a don Fernando a enviar a algunos hombres a Vizcaya para armar tres naos, con objeto de guardar el estrecho. Entre ellos estaba Robert de Braquemont, y entre los patrones de las naos un genovés⁵⁵.

La atracción que la guerra de Granada suponía para la nobleza europea, llevó a una constante presencia de éstos en Castilla. En 1409 el duque de Borbón y el conde de Clermont enviaron a un caballero a Valladolid con objeto de poner sus armas al servicio de Castilla «*por ser tan justa é tan sancta aquella guerra (...) é por servicio de Dios*». Para ello ponían a su costa y por espacio de seis meses a mil hombres de armas y dos mil arqueros, viniendo por mar para evitar que causasen daños en tierras castellanas. Sin embargo la oferta fue desestimada al estar vigentes treguas con Granada que los regentes de Juan II no querían romper⁵⁶.

La misma respuesta recibieron el duque de Austria y el conde de Luxemburgo cuando presentaron sus armas al servicio de Castilla⁵⁷.

Pero este espíritu de cruzada que envolvía a la guerra de Granada no sólo atraía a nobles europeos. También había castellanos que dejando de lado las posibles obligaciones que tuvieran con el rey, acudían de forma desinteresada a la guerra. Fue éste el caso de don Diego López de Estuñiga que presentó doscientas lanzas a su costa «*por servicio de Dios é por ganar la indulgencia que el Papa daba á los que en aquella guerra á su costa sirviesen, absolviéndoles á culpa é á pena*»⁵⁸.

El éxito en las campañas granadinas posibilitó a la monarquía castellana concertar un tratado de vasallaje con Granada, como frecuentemente se había hecho con anterioridad. Así, el 16 de septiembre de 1431, Juan II y Yusuf IV firmaron en Hardales un tratado de vasallaje por el cual Granada se comprometía a enviar mil quinientos jinetes a costa propia por espacio de tres meses, siempre que lo requiriese el rey castellano, salvo que fuese el mismo monarca castellano quien estuviese al frente de las tropas, ya que entonces el rey de Granada debía acudir «*con todo su poder*». En este último caso, Granada no de-

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 289.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 314. Un año después ambos personajes volverían a ofrecer sus servicios, esta vez a Fernán Pérez de Ayala, embajador en Francia, puesto que ya se había reanudado la guerra. Pero una vez más fue desestimada su ayuda, en este caso por el deseo de Castilla de hacer la guerra con sus naturales. Sin embargo, fueron invitados a acudir para ser armados caballeros, invitación que se extendió a otros nobles (p. 322).

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 314.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 319.



Batalla de Higuera (1431).

bía pagar las veinte mil doblas que en concepto de *parias* tenía que pagar anualmente⁵⁹.

Años más tarde, ya en 1435, al reanudarse de nuevo el conflicto granadino, un noble alemán, Roberto, señor de Valsa (así se le denomina en las crónicas) se presentó en Segovia ante Juan II para participar en la guerra, con sesenta cabalgaduras «*entre las quales traya un cavallero de hedad de fasta cincuenta e sesenta años, e traya otros diez y ocho gentiles hombres, que cada uno traya a su empresa, e el señor Ruberte la suya, e el cavallero otrosy, que eran por todas veinte empresas*»⁶⁰.

La presencia de tropas extranjeras en el ejército no era una posibilidad, dado su coste económico, exclusiva del rey. Algunos nobles castellanos contaron en sus mesnadas con la participación de contingentes granadinos. En 1448, don Rodrigo Manrique contó con la colaboración de dos mil granadinos en su intento, fallido, de tomar Molina y Sevilla⁶¹. Un año después don Fadrique Manrique tuvo a sus órdenes a diez mil moros, tanto de a pie como de a caballo⁶².

Al llegar al trono Enrique IV se reanudó la guerra contra Granada. El nuevo monarca comunicó este acontecimiento a las diferentes cortes europeas para que acudiese todo caballero que lo deseara⁶³.

En el transcurso de estas campañas, Enrique IV consiguió someter de nuevo a vasallaje al reino granadino obligándole a que aportase dos mil jinetes en todas las empresas que se desarrollasen desde Andalucía a Toledo⁶⁴.

De esta forma era frecuente ver escuadrones de jinetes moros en los ejércitos castellanos a sueldo del rey castellano⁶⁵, e incluso participando en su guardia privada.

⁵⁹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Juan II y la frontera de Granada*, p. 22. Este tratado se firmó habiendo sido Yusuf IV expulsado de Granada por Muhammad VIII. Una vez recuperado el trono, el tratado fue ratificado (enero de 1432), aunque perdió su valor al morir poco después.

⁶⁰ CARRILLO DE HUETE, P.: *Crónica del Halconero de Juan II de Castilla*, ed. Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1946, pp. 214-215

⁶¹ *Ibíd.*, pp. 494-495.

⁶² *Ibíd.*, p. 534.

⁶³ VIGÓN, J.: *El ejército de los Reyes Católicos*, Madrid, 1968, p. 143. Cuando el rey de Francia recibió el comunicado, regaló un armés, un caballo y doscientas coronas a todo aquel que deseara participar en tan noble empresa.

⁶⁴ «Memorial de diversas azañas» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, III, p. 11.

⁶⁵ PALENCIA, Alonso de: *Crónica de Enrique IV*, (3 vols.), I, ed. BAE, Madrid, 1975, pp. 67-69. «*Quiso el Rey que estos jinetes moros fuesen en la expedición con el correspondiente estipendio...*»

En este sentido Enrique IV contaba con una guardia personal compuesta por trescientos jinetes moriscos cuyo capitán era, no obstante, un castellano, García de Jaén⁶⁶. Esta guardia fue utilizada por el monarca hasta 1464, año en que fue disuelta. Además, su presencia en la corte en torno al rey, permitió a parte de la nobleza utilizarlo como un argumento más contra la política de Enrique IV.

Durante la guerra civil (1465-1468), tanto Enrique IV como los partidarios del infante Alfonso, buscaron apoyo militar en el exterior. El pretendiente contactó con el conde de Foix, pero no se concretó ningún tipo de ayuda, a pesar del interés del conde⁶⁷. Por su parte, Enrique IV entabló contactos con Alfonso V de Portugal, que le ofreció mil quinientos jinetes y tres mil hombres de a pie. Sin embargo no se produjo un acuerdo y no fueron enviados⁶⁸.

En la batalla de Olmedo, que enfrentó a Enrique IV y a los nobles rebeldes, el monarca castellano tuvo como asesor a Pierres de Peralta que era condestable de Navarra⁶⁹.

Sin embargo, no parece que hubiera contingentes musulmanes en la batalla de Olmedo reforzando las tropas de Enrique IV, pero sí hay constancia del envío a Jaén de trescientas lanzas y quinientos peones musulmanes al mando del caudillo Abenhami. Estos fueron enviados en 1469 por el infante de Almería, Abenzelim Abemayar, integrándose en el ejército real, aunque fueron despedidos muy poco después⁷⁰.

Finalmente, después del tratado de Guisando, que reconocía a Isabel como heredera de Castilla, se firmaron las capitulaciones del matrimonio de la ya princesa de Asturias con Fernando de Aragón, en uno de cuyos apartados el heredero aragonés se comprometía al envío de cuatro mil lanzas a Castilla en caso de que aconteciesen disturbios en este reino⁷¹.

⁶⁶ «Crónica de Enrique IV» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, III, ed. BAE, Madrid, 1953, p. 106.

⁶⁷ PALENCIA, Alonso de: *Op. cit.*, I, pp. 186-187.

⁶⁸ MORALES MUÑOZ, M^º del C.: *Alfonso de Avila, rey de Castilla*, Avila, 1988, p. 147. A cambio de la ayuda militar, Enrique IV debía conceder al portugués la mano de su hermana Isabel y una dote de cien mil doblas de oro y treinta mil más en arras. Las capitulaciones de este matrimonio aparecen recogidas en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, t. II, ed. Real Academia de la Historia (RAH), Madrid, 1835-1913, doc. CXXVIII, La Guardia, 15 septiembre 1465.

⁶⁹ «Memorial de diversas azañas» en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, III, p. 42.

⁷⁰ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, doc. CLXVI, Córdoba, 7 junio 1469.

⁷¹ TORRES FONTES, J.: *Estudio sobre la «Crónica de Enrique IV» del Doctor Galindez de Carvajal*, Murcia, 1941, p. 370. «Jura y promete, que si algunas roturas acaescie-

Se abría así un marco de colaboración entre ambos reinos, que en realidad no fue tal, aunque fuese don Fernando quien llevara todo el peso militar de la guerra contra Portugal, y que seguramente estaría acompañado de algunas tropas aragonesas.

Destaca en esta última campaña la presencia de don Alfonso de Aragón, hermano bastardo de don Fernando, de quien se dijo que fue el primero en introducir *ribadoquines* en Castilla⁷².

Precisamente el auge en el empleo de la artillería de pólvora durante la guerra de Granada, atrajo a Castilla a grupos de extranjeros especializados en el manejo y construcción de estas armas, contratados por la propia Corona.

Fue ésta la principal aportación extrapeninsular a la guerra contra los musulmanes, ya que la presencia de nobles europeos en el conflicto fue más bien escasa y en algunos casos puramente testimonial. Los grupos de alemanes, flamencos, ingleses o franceses que se dieron cita en Granada, acudieron más atraídos por el ideal de cruzada del que se rodeó a la guerra que como un verdadero apoyo efectivo a las tropas castellanas⁷³.

No obstante entre estos contingentes conviene destacar cómo en 1486 llegó a Castilla «*del Reyno de Inglaterra un caballero que se llamaba Conde de Escalas, home de grand estado é de la sangre real, é traxo en compañía fasta cien Ingleses archeros é homes de armas que peleaban á pié con lanzas, é hachas de armas*», y junto a ellos «*vinieron ansimesmo algunos Franceses con deseo de servir á Dios en aquella guerra*»⁷⁴. Todos ellos con una participación muy activa en el cerco de Loja.

ren en estos dichos reinos, que el señor principe estara en ellos personalmente con quatro mill lanças, hasta que las dichas roturas cessen; y si las dichas quatro mill lanças no las trujere, que el dicho señor principe sea obligado de las pagar».

⁷² BERNÁLDEZ, A.: «Historia de los Reyes Católicos» en *Crónicas de los Reyes de castilla*, III, ed. BAE, Madrid, 1953, p. 584.

⁷³ BENITO RUANO, E.: «Un cruzado inglés en la guerra de Granada» en *Anuario de Estudios Medievales*, 9, 1974-1979, pp. 585-593; Idem: «La participación extranjera en la guerra de Granada» en *I Congreso Historia de Andalucía. Andalucía Medieval*, II, Córdoba, 1978, pp. 303-319.

⁷⁴ PULGAR, H.: *Op. cit.*, III, pp. 433-437. Este «conde de Escalas» era Antonio Woodville, barón de Scales y pariente de la reina. Fue herido en el cerco de Loja y gozó de gran consideración por parte de los monarcas castellanos («*embió —el rey Fernando— grandes é muy ricos dones á aquel Conde de Escalas Ingles, entre las quales le embió dos camas de ropas guarnecidas, la una con paramentos brocados de oro, é doce caballos, é ropa blanca, é tiendas en que estoviese, é otras cosas de gran valor*»). Moriría, en 1488, al servicio de los Reyes Católicos, luchando en Nantes contra el rey de Francia (pp. 475-



Hombre de armas de la Baja Edad Media.

No obstante, poco importante podemos considerar la aportación humana y material de estos grupos, aunque esta última, la material, fuera la de mayor repercusión, ya que supuso la puesta a disposición de los Reyes Católicos de algunas piezas de artillería y de importantes cantidades de pólvora, lo que a finales del siglo XV constituía un apoyo de importantísimo valor dado el carácter innovador que aún tenía el uso de armas de fuego pesadas en los campos de batalla peninsulares⁷⁵.

Ya antes de iniciarse el conflicto, en 1480, había maestros artilleros extranjeros al servicio de los Reyes Católicos como Juan Borgofión o Miguel y Tomás Bretón. Pero su número se incrementaría con el comienzo de la guerra. Así, para las campañas de Álora y Setenil de 1484, llegaron a Córdoba artilleros que el rey «*hizo venir de Francia e de Alemania*»⁷⁶.

No obstante la mayor aportación a la guerra fue la realizada por el rey de Romanos y duque de Borgoña, Maximiliano de Austria, en 1487, para el cerco de Málaga. Hasta allí llegaron por vía marítima «*ciertas lombardas é tiros de pólvora, con todos los aparejos que eran necesarios*»⁷⁷, y con toda seguridad personal extranjero, algunos de los cuales se afincaría definitivamente en Castilla.

Pero al margen de esta presencia europea en la guerra, la colaboración castellano-aragonesa, tal y como hemos señalado, se incrementó de manera importante durante la campaña final granadina.

A pesar de que la conquista del último enclave musulmán en el occidente europeo fue una empresa esencialmente castellana, desde el comienzo de la misma se observa la presencia de algunos contingentes de mercenarios aragoneses al servicio de Castilla.

Ya para la campaña de 1482, Ladero Quesada estima la presencia de cerca de mil mercenarios aragoneses entre ballesteros, lanceros y espingarderos, e incluso de quince piqueros suizos al servicio de un caballero llamado Mosen Juan. La mayor parte de estas tropas partici-

476). Por otra parte A. Bernáldez (*Crónicas...*, III, p. 622) difiere del cronista Pulgar a la hora de valorar el número de hombres que combatían con el barón de Scales, y que según él eran «*trescientos hombres artilleros é flecheros muy esforzados que habían venido a Castilla por servir á Dios y facer guerra á los moros*».

⁷⁵ LADERO QUESADA, M. A.: *Castilla y la conquista del reino de Granada*, p. 146.

⁷⁶ PULGAR, H.: *Op. cit.*, p. 401.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 458.

parían en la campaña de Loja para después formar parte de la guarnición de Alhama⁷⁸.

En otro orden de cosas, se hace necesario destacar cómo a lo largo de la Baja Edad Media se observa una cierta evolución en el carácter con el que se conciben a las tropas extranjeras y mercenarias dentro de la composición interna de los ejércitos, lo cual supuso un paso fundamental en la superación de las estructuras militares medievales.

Como hemos visto con anterioridad, algunos grupos de piqueros suizos (también alemanes) se dieron cita en la guerra de Granada, que se convirtió en un campo apropiado para la búsqueda de un trabajo remunerado en una campaña que se presumía larga. En 1483 fueron los propios Reyes Católicos quienes contrataron contingentes de este tipo integrados por «*una gente que se llamaba los Suizos; naturales del Reyno de Suecia (en realidad Suiza), que es en la alta Alemaña*»⁷⁹.

Conviene destacar la importancia que tuvieron los soldados suizos en el ejército castellano no tanto por su número como por su influencia en la forma de combatir de éstos.

No obstante y si bien es cierto que los mercenarios suizos revolucionaron algunos aspectos tácticos en Europa a fines de la Edad Media (victorias suizas en las batallas de Grandson y Morat frente a Carlos de Borgoña en 1476), debemos poner en duda el papel otorgado tradicionalmente a los que participaron en la guerra de Granada como grandes innovadores del papel de la infantería en los campos de batalla castellanos⁸⁰.

Los contratos de estas compañías profesionales que hacían de la guerra su único medio de vida, proliferaron en Castilla desde finales del siglo XV, y sobre todo en el siglo XVI en el transcurso de las gue-

⁷⁸ LADERO QUESADA, M. A.: *Castilla...*, p. 232. Fue la principal aportación aragonesa a la guerra. No obstante, en 1487, Valencia, Cataluña y Sicilia enviaron importantes cantidades de pólvora (p. 144), aunque también acudieron numerosos caballeros de aquellos reinos (Pulgar, *Crónicas...*, III, p. 447).

⁷⁹ PULGAR, H.: *Op. cit.*, p. 387. Según el cronista, estos suizos «*son homes belicosos é pelean á pié, é tienen propósito de no volver las espaldas á los enemigos; é por esta causa las armas defensivas ponen en la delantera, é no en otra parte del cuerpo, é con esto son mas ligeros en las batallas. Son gentes que andan á ganar sueldo por las tierras, é ayudan en las guerras que entienden que son mas justas. Son devotos é buenos christianos; toman cosa por fuerza repútanlo á gran pecado*».

⁸⁰ LADERO QUESADA, M. A.: *Castilla...*, pp. 144-146. Defiende esta última tesis aludiendo a que las tácticas y técnicas castellanas responden a tradiciones propias, siendo numerosas las diferencias que les separan de la caballería europea; CONTAMINE, PH.: *La guerra en la Edad Media*, pp. 169-175. Sobre la evolución de la infantería europea, de la cual no participa Castilla.

rras de Italia. Hasta tal punto se incrementó su número y su papel que lo que a lo largo de la Baja Edad Media es, básicamente, una fuerza auxiliar, pasará a convertirse en uno de los puntales claves de los ejércitos castellanos, sobre todo tras la reorganización militar que llevaron a cabo los Reyes Católicos al acceder al poder y consolidar su programa político⁸¹.

En general se trataba de compañías mercenarias de suizos armados con picas (los *gewalthaufen*) y los lansquenetes alemanes (*landsknechte*) dotados de armas de fuego, preferentemente arcabuces.

La efectividad y combatividad de estas tropas pronto se dejaría ver en los campos de batalla europeos. Su éxito radicaba en su propia naturaleza, ya que eran hombres que conocían su oficio, perfectamente adiestrados en el manejo de las armas y altamente disciplinados en combate, lo cual también les diferenciaba de las grandes compañías de mercenarios del siglo XIV (de las que hemos hablado al principio de estas páginas), y que a finales del Medievo ya estaban en decadencia.

Es más, la importancia militar que estos grupos van alcanzando poco a poco en la composición de los ejércitos, relegará a un segundo plano a quienes durante toda la Edad Media habían sido protagonistas de los mismos: la caballería nobiliaria y la infantería, reclutada en las ciudades y villas del reino.

Sobre el declive de la primera no entraremos a valorar en este momento, pero el ocaso de las milicias concejiles se debió a que estaban constituidas por hombres carentes de conocimientos militares, ya que su aprendizaje era individual, por lo que una vez integrados en la masa de combatientes bastaba que hiciesen lo mismos que sus compañeros de al lado.

Bajo estas premisas y teniendo en cuenta que la guerra en la Edad Moderna se concibe de manera diferente a como se hacía en el Medievo, se explica el porqué de las preferencias hacia las tropas mercenarias de las nuevas monarquías renacentistas.

No obstante la presencia de estos *soldados de fortuna* de baja extracción social y que luchaban al margen del código de honor de la caballería, ya había sido denunciada y repudiada por la nobleza desde el mismo momento de su aparición, allá por el siglo XII. Incluso Maquiavelo, uno de los grandes teóricos del Renacimiento, fue de los

⁸¹ SOTTO Y MONTES, J.: «Organización militar de los Reyes Católicos» en *Revista de Historia Militar*, 8, 1963, pp. 7-47.

máximos detractores de las fuerzas militares mercenarias por considerarlas que llevarían a los Estados a la ruina⁸².

Por ello cuando estos soldados de oficio, instruidos y disciplinados, irrumpen de manera decisiva en los campos de batalla europeos, muere una época y con ella unos ideales y un sentido de la vida característicamente medieval.

⁸² MAQUIAVELO, N.: *Del arte de la guerra*, estudio preliminar, traducción y notas de Manuel Carrera Díaz, Madrid, 1988. En esta obra, escrita en 1521, se observan las críticas ideas del autor florentino acerca del sistema mercenario, así como sus teorías políticas y militares que tanto influirían en la tratadística militar posterior. Asimismo y dentro del estudio preliminar conviene destacar el comentario sobre los mercenarios y «condottieri» que proliferan en Italia durante el Renacimiento, y que resume las líneas maestras del pensamiento de Maquiavelo (pp. XVII-XXIII); MALLETT, M.: *Mercenaries and their Masters. Warfare in Renaissance Italy*, Londres, 1974; PIERI, P.: *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*, Milán, 1952. Ambas sobre los mercenarios italianos.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTELO IGLESIAS, A.: «El ideal de Cruzada en la Baja Edad Media peninsular» en *Anexos a la revista Hispania (Cuadernos de Historia)*, I, 1967, pp. 37-43.
- BEINERT, B.: «La idea de Cruzada y los intereses de los príncipes cristianos en el siglo XV» en *Anexos a la Revista Hispania (Cuadernos de Historia)*, I, 1967, pp. 45-59.
- BENITO RUANO, E.: «Un cruzado inglés en la guerra de Granada» en *Anuario de Estudios Medievales*, 9, 1974-1979, pp. 585-593; Idem: «La participación extranjera en la guerra de Granada» en *I Congreso Historia de Andalucía. Andalucía Medieval*, II, Córdoba, 1978, pp. 303-319.
- BROWNING, O.: *The Age of Condottieri*, Londres, 1985.
- CARRILLO DE HUETE, P.: *Crónica del Halconero de Juan II de Castilla*, ed. Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1946.
- CONTAMINE, PH.: *Guerre, Etat et société du Moyen Age. Etudes sur les armées des rois de France, 1337-1494*, París-La Haya, 1972; Idem: «Les compagnies d'aventure en France pendant la guerre de Cent ans» en *Mélanges de l'Ecole Française de Rome*, nº 87, 1975, pp. 365-396; Idem: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984; Idem: *La guerra de los Cien Años*, Barcelona, 1989.
- Crónicas de los Reyes de Castilla (desde Alfonso el Sabio hasta los católicos Don Fernando y Doña Isabel)*, 3 vols., Colección ordenada por don Cayetano Rosell, ed. Biblioteca de Autores Españoles (BAE), Madrid, 1953.
- DAUMET, G.: *Etude sur l'alliance de la France et de la Castille au XIVe et au XVe siècle*, París, 1988.
- DEISS, J.J.: *Captains of fortune*, Londres, 1966.
- DUBY, G.: *El domingo de Bouvines (27 de julio de 1214)*, Madrid, 1988.
- FOWLER, K.: «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers 1361-vers 1379)» en *Realidad e imágenes del poder. España a finales de la Edad Media*, ed. Adeline Rucquoi, Valladolid, 1988, pp. 23-56; Idem: «The wages of War. The Mercenaries of the Great Companies» en *XVIII Semana de Estudios Medievales*, Estella, 1991.
- GARCÍA MARTÍN, P.: «Los condottieros» en *Cuadernos de Historia* 16, nº 242, Madrid, 1986.
- GAUPP, F.: «The condottiere John Hawkood» en *History*, 23, 1938-1939, pp. 305-321.

- KEEN, M.: *The Laws of War in the Late Middle Ages*, Londres, 1965;
Idem: *La caballería*, Barcelona, 1986.
- LADERO QUESADA, M. A.: *Castilla y la conquista del Reino de Granada*, Granada, 1987; Idem: «La organización militar de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media» en *Castillos Medievales del Reino de León*, (s.a., s.l.), pp. 11-34.
- MALLET, M.: *Mercenaries and their Masters. Warfare in Renaissance Italy*, Londres, 1974.
- MAQUIAVELO, N.: *Del arte de la guerra*, estudio preliminar, traducción y notas de Manuel Carrera Díaz, Madrid, 1988.
- REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (ed.): *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, tomo II, Madrid, 1835-1913.
- MOLLAT, M.: «La place de la conquête normande des Canaries (XVe. s.) dans l'histoire coloniale française» en *Etudes d'histoire maritime*, Turín, 1977, pp. 141-157.
- MORALES MUÑOZ, M^a del C.: *Alfonso de Avila, rey de Castilla*, Avila, 1988.
- PALENCIA A. de: *Crónica de Enrique IV*, 3 vols., ed. Biblioteca de Autores Españoles (BAE), Madrid, 1975.
- PASCUAL MARTÍNEZ, L.: «Documentos de Enrique II» en *Colección de Documentos para la Historia del Reino de Murcia* (CODOM), VIII, Murcia, 1983.
- PIERI, P.: *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*, Milán, 1952.
- RUCQUOI, A.: «Français et castillans: une internationale chevaleresque» en *La France Anglaise au Moyen Age. Actes du 111^e Congrès National des Sociétés Savantes* (Poitiers, 1986), París, 1988, pp. 401-419.
- RUSSELL, P. E.: *The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, 1955.
- SOTTO Y MONTES, J.: «Organización militar de los Reyes Católicos» en *Revista de Historia Militar*, nº 8, 1963, pp. 7-47.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Juan II y la frontera de Granada*, Valladolid, 1954; Idem: *Navegación y comercio en el golfo de Vizcaya. Un estudio sobre la política marinera de la Casa de Trastámara*, Madrid, 1959; Idem: «Castilla (1350-1406)» en *Historia de España de don Ramón Menéndez Pidal (España cristiana. Crisis de la Reconquista. Luchas civiles)*, tomo XIV, Madrid, 1966, pp. 3-375; Idem: *Historia del reinado de Juan I de Castilla* (estudio), I, Madrid, 1977.
- TORRES FONTES, J.: *Estudio sobre la «Crónica de Enrique IV» del Doctor Galíndez de Carvajal*, Murcia, 1941.

- TREASE, G.: *Los condotieros, soldados de fortuna*, Barcelona, 1985.
- VALDEÓN BARUQUE, J.: «La guerra civil castellana. Intervenciones extranjeras en el marco de la guerra de los Cien Años» en *Cuadernos de Historia 16 (Pedro I el Cruel)*, nº 150, Madrid, 1985, pp. 15-22.
- VIGÓN, J.: *El ejército de los Reyes Católicos*, Madrid, 1968.
- WALEY, D.P.: «Condotte and condottieri in the Thirteenth Century» en *Proceedings of the British Academy*, 1975, pp. 337-371.

